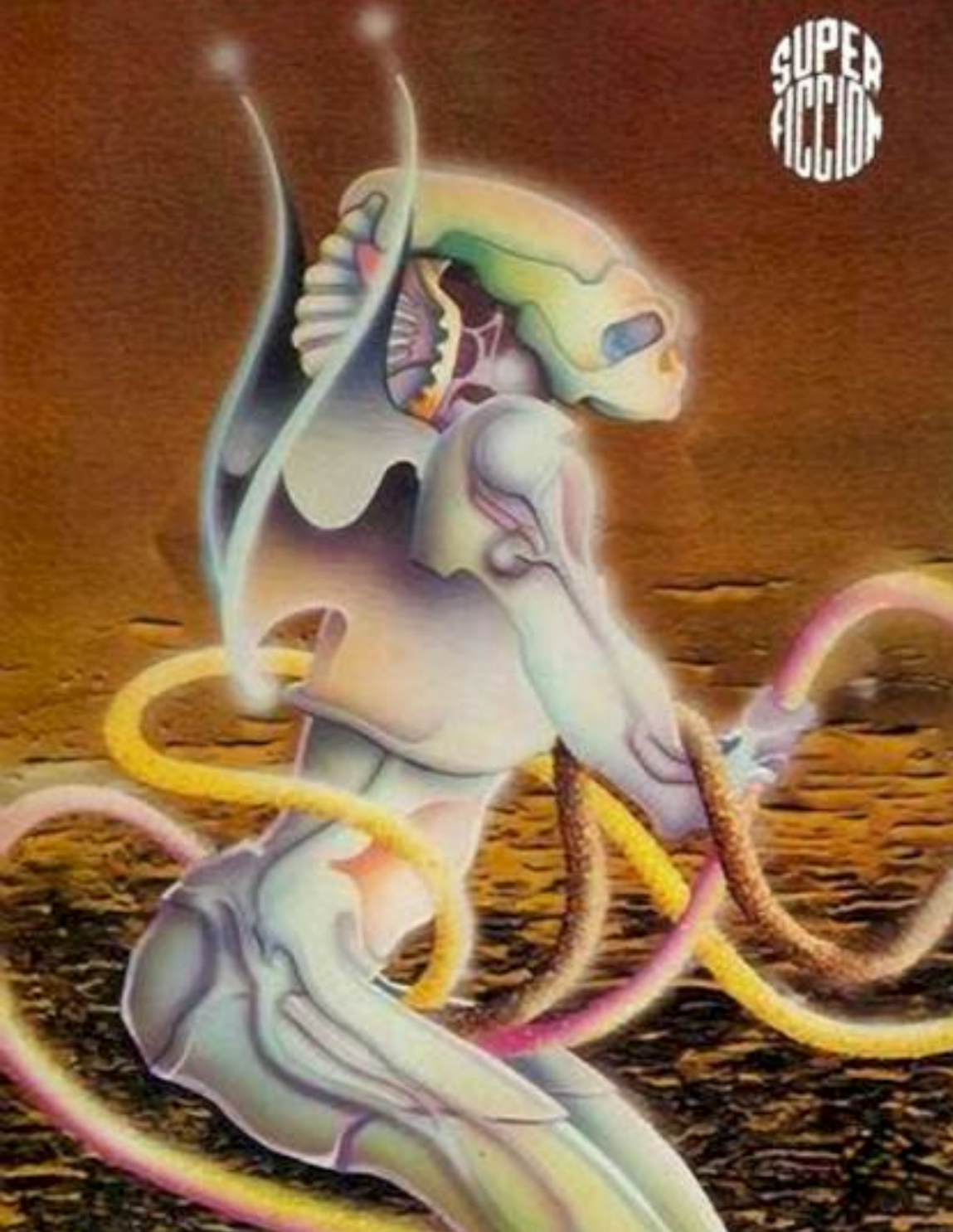


ISAAC ASIMOV

NUEVE FUTUROS

SUPER
FICTION



Una de las mejores recopilaciones de relatos de Isaac Asimov, con historias escritas originalmente durante los años cincuenta, década prodigiosa para el autor y durante la cual se ganó a pulso la fama que le ha acompañado desde entonces como escritor de ciencia ficción.

El volumen abarca un total de 9 relatos y 2 poemas, en los que Asimov exploró todo el espectro de temas del género. La investigación científica, los ordenadores, las profesiones ligadas a las nuevas tecnologías, visiones del futuro cercano y del futuro lejano..., tratados siempre con la lucidez característica del autor. Y, por destacar un relato entre todos ellos, *El niño feo*, una historia enormemente emotiva sobre un niño que encuentra a su madre 40.000 años demasiado tarde...

Para Betty Shapian, cuya amabilidad
y espíritu servicial han sido inagotables

¡Vale la pena leerme, vean!

Oh, doctor A...
Oh, doctor A...
Hay algo (no se vaya)
que me gustaría oírle decir.
Aunque preferiría morir
que intentar
curiosear,
el hecho, como verá,
es que en mi mente
ha brotado hoy la cuestión la-
tente.

No pretendo fácil irrisión,
de modo que, por favor, res-
ponda con decisión.
Deseche sus temores recelo-
sos,
¡y explique el secreto de su
visión!
¿Cómo demonios
engendra
esas locas e increíbles ideas?

¿Es indigestión
y cuestión
de la pesadilla resultante?
¿De sus globos oculares el re-
molineo,
el girar incesante,

del cerrarse y abrirse
de sus dedos,
mientras su sangre toca enlo-
quecidos repiques
al seguir el desapasionado
compás
de su pulso turbio y desigual?

¿Es eso, opina, o el licor
lo que acelera su furor?
Porque un pequeño,
ligero,
martini seco
puede ser su particular genio;
o quizás en esos combinados
de ron
encuentra usted las mismas
semillas
para la creación
y liberación
de esa rara idea o ese sor-
prendente final;
o una sobrenatural
combinación
de ilegal
estimulación,
marihuana más tequila,
que le dará esa sensación
de las cosas que vibran
y se desprenden,
mientras inicia su cerebración
con la síncope enloquecida
de un cerebro que su tic-tac
emprende.

Doctor A., seguramente algo
le vuelve visionario

y bastante trastornado.
Puesto que le leo con devoción,
¿no querrá darme una noción
de esa poción astutamente
preparada
de la que emergen sus tra-
mas,
de esa mezcla secreta, espumosa,
alocada,
que en elemento permanente
le ha convertido,
en los lugares de la c. f. más
favorecidos...?

Ahora, doctor A.,
no se vaya...

Oh, doctor A...
Oh, doctor A...

Notas de rechazo

A) Culta

Querido Asimov, las leyes mentales todas prueban que tiene sus defectos la ortodoxia.

Considere esa componente ecléctica

de la filosofía de Kant que mella

con fauces incansables y anti-lógicas

las gastadas e inútiles sierras que se atascan en buches de mutante de nuestra era.

Ahí va pues su relato (con débil vitor).

Las palabras anteriores tienen amplio motivo.

B) Culta

Querido Ike, estaba preparado

(y, chico, realmente asustado) para tragar, viniendo de ti, casi cualquier cosa.

Pero, Ike, eres pura droga,
tu forma de escribir es em-
briagamiento:
sólo queda seca tos y mental
hinchamiento.
Te devuelvo esta porquería;
olía, apestaba, hedía;
un breve vistazo fue lo bas-
tante espantoso.
Aunque, Ike, chico, poco a
poco,
prueba de nuevo.
Necesito algunas fantochadas
y, muchacho, adoro tu fiemo.

C) Amable

Querido Isaac, amigo mío,
pensé que tu relato era lúci-
do.
Sumamente delicioso
y con méritos, esplendoroso.
Significó una entera
noche, plena
de tensión, amigo,
y luego alivio,
y acompañada
en buena medida
del deleite
de la latente
incredulidad.
Es una trivialidad,
apenas correcto,
casi un acto de maldad,
declarar

que hay pequeños defectos.
Nada concreto,
un retoque, tal vez,
y por eso
no vas a desfallecer.
Permíteme pues exponer,
sin más retraso,
mi camarada, mi amigo,
que el final de tu relato
me ha dejado complacido
y alegremente sosegado.
P.D.
Ah, claro,
debo confesar
(con cierto pesar)
que, ¡ay!, te adjunto tu relato.

Profesión

—Mañana es el primero de mayo. ¡Los Juegos Olímpicos! —dijo George Platen, sin poder disimular la ansiedad de su voz.

Se puso boca abajo y espió a su compañero de habitación por encima de los pies de la cama. Pero bueno, ¿acaso él no lo sentía? ¿O es que no le importaba en absoluto?

El rostro de George era delgado, y aún se había hecho más huesudo en el casi año y medio que llevaba en la Residencia. De enjuta figura, la mirada de sus ojos azules era no obstante tan intensa como lo había sido siempre, y en aquel momento parecía un animal acorralado, por el modo en que sus dedos aferraban la colcha.

Su compañero de habitación levantó brevemente la mirada del libro y aprovechó para ajustar el nivel de luminosidad del tramo de pared próximo a su silla. Se llamaba Hali Omani, y era nigeriano. Su piel marrón oscuro y sus macizos rasgos parecían hechos para la calma, y la mención de los Juegos Olímpicos no pareció afectarle. Se limitó a decir:

—Lo sé, George.

George debía mucho a la paciencia y la amabilidad de Hali, cuando éstas eran necesarias; pero a veces, incluso estas cualidades podían resultar excesivas. ¿Acaso era el momento de quedarse quieto como una estatua de ébano?

George se preguntó si también él actuaría de ese modo al cabo de diez años, pero rechazó la idea violentamente. ¡Imposible!

—Creo que has olvidado lo que mayo significa —dijo desafiador.

—Recuerdo perfectamente lo que significa —repuso su compañero—. ¡Nada en absoluto! Eres tú quien lo olvida. Mayo no significa nada para ti, George Platen, ni tampoco para mí, Hali Omani —concluyó suavemente.

—Las naves vienen a buscar reclutas. En junio, millares y millares partirán con millones de hombres y mujeres a bordo, para dirigirse a todos los mundos conocidos... ¿Y dices que eso no significa nada?

—Menos que nada. Y de todos modos, ¿qué pretendes que haga al respecto?

Omani siguió con el dedo un difícil pasaje del libro que estaba leyendo y sus labios se movieron en silencio.

George le observó. «¡Vamos, hombre! —le animó interiormente—. ¡Grita, pégame, haz algo, maldita sea!»

Lo que le ocurría era que no quería sentirse tan solo en su ira. No quería ser el único que se hallase rebotante de resentimiento, el único que sufriese una lenta agonía.

Habían sido mucho mejores aquellas primeras semanas cuando el universo era un cascarón de luz imprecisa y de sonidos, que parecía oprimirle. Estaba mucho mejor antes que Omani hubiese aparecido para devolverle a una vida que no valía la pena vivir.

¡Omani era viejo! Al menos tenía treinta años. George se preguntó: «¿Seré yo así a los treinta? ¿Seré así dentro de doce años?». Y como temía que pudiese serlo, le gritó a Omani:

—¿Quieres dejar de leer ese condenado libro?

Omani volvió una página y leyó algunas palabras; luego levantó la cabeza, cubierta de cabello rizado y crespo, y preguntó:

—¿Cómo?

—¿De qué te sirve leer ese libro? —Se dirigió hacia él y rezongó—: ¡Más electrónica!

Luego se lo arrebató de las manos de un tirón.

Omani se levantó lentamente y recogió de nuevo el libro, alisando sin alterarse una página arrugada.

—Llámalo satisfacción de la curiosidad, si quieres —observó—. Hoy comprendo un poco más, y mañana tal vez otro poquito. Hasta cierto punto, eso supone un triunfo.

—¿Un triunfo? ¿Qué clase de triunfo? ¿Eso es todo lo que quieres hacer en la vida? ¿Llegar a saber la cuarta parte de lo que sabe un Electrónico Diplomado cuando cumplas sesenta y cinco años?

—Tal vez cuando cumpla treinta y cinco.

—¿Y entonces quién te querrá? ¿Quién te empleará? ¿Adónde irás?

—Nadie. A ninguna parte. Me quedaré aquí para leer otros libros.

—¿Y eso te satisface? ¡No me digas! Me has arrastrado hasta la clase. Has conseguido que lea, y que memorice también. ¿Para qué? No encuentro en ello nada que me satisfaga... Lo cual significa que la farsa ha terminado. Haré lo que pensaba hacer al principio, antes que tú me engatusaras. Les obligaré a..., a...

Omani dejó el libro. Esperó a que su compañero se interrumpiera y entonces le preguntó:

—¿A qué, George?

—A rectificar una injusticia. Un complot. Iré a ver a ese Antonelli y le obligaré a reconocer que él..., que él...

Omani meneó la cabeza.

—Todos los que vienen aquí insisten en afirmar que se trata de un error. Suponía que ya habías superado eso.

—No lo digas en ese tono despectivo —dijo George acaloradamente—. En mi caso es verdad. Ya te he dicho...

—Sí, ya me lo has dicho, pero en el fondo de tu corazón sabes que, por lo que a ti se refiere, nadie se equivocó.

—¿Porque nadie quiso admitirlo? ¿Crees que serían capaces de reconocer un error, a menos que se les obligase a ello?... Pues bien, yo les obligaré.

El responsable de la actitud de George era el mes de mayo, el mes de los Juegos Olímpicos. Sintió que volvía a él su antiguo furor, sin que pudiera evitarlo. Pero es que

tampoco quería evitarlo, y había corrido el riesgo de hacerlo.

—Yo iba a ser Programador de Computadora —dijo—, y puedo serlo. Podría serlo hoy mismo, pese a lo que digan que muestra el análisis. —Golpeó el colchón con los puños—. Están equivocados. Tienen que estarlo.

—Los analistas nunca se equivocan.

—Pues en este caso tienen que estar equivocados. ¿Dudas acaso de mi inteligencia?

—La inteligencia no tiene absolutamente nada que ver con esto. ¿No te lo han dicho aún bastantes veces? ¿Es que no eres capaz de comprenderlo?

George se volvió boca arriba y se puso a mirar el techo con expresión sombría.

—¿Y tú qué querías ser, Hali? —preguntó.

—No tenía planes fijos. Creo que me hubiera gustado ser Especialista en Hidroponía.

—¿Crees que hubieras podido serlo?

—No estoy muy seguro.

George nunca había hecho preguntas de carácter personal a Omani. Le pareció extraño, poco natural, que otras personas con ambiciones hubiesen terminado allí. ¡Especialista en Hidroponía!

—¿Pensabas que te dedicarías a esto? —le preguntó.

—No, pero aquí sigo siendo el mismo.

—Y te sientes satisfecho. Satisfecho por completo. Eres feliz. Te gusta. No querrías estar en ningún otro lugar.

Muy despacio, Omani se puso en pie. Con el mayor cuidado, empezó a deshacer su cama, diciendo:

—George, eres un caso difícil. Te estás mortificando porque te niegas a aceptar la verdad sobre ti mismo. Te encuentras en lo que tú llamas la Residencia, pero nunca he oído que la llames por su nombre completo. Dilo, George, dilo. Luego acuéstate y duerme, y se te pasará todo.

George frunció los labios y mostró los dientes, que rechinaban. Con voz ahogada, exclamó:

—¡No!

—Entonces lo diré yo —dijo Omani, uniendo la acción a la palabra.

Pronunció el nombre silabeando con el mayor cuidado.

George sintió una profunda vergüenza al oírlo, y se vio obligado a volver la cabeza.

Durante la mayor parte de los primeros dieciocho años de su vida, George Platen había seguido firmemente el rumbo trazado, que le llevaría a ser un Programador de Computadora Diplomado. Entre los chicos de su edad muchos pensaban en la Espacionáutica, la Tecnología de la Refrigeración, el Control de Transportes, e incluso la Administración, demostrando con ello su buen juicio. Pero George tenía su plan trazado, y nada le desviaba de él.

Discutía los méritos relativos con el mismo entusiasmo que ellos. ¿Por qué no? El Día de la Educación estaba ante ellos como la fecha crucial de su existencia. Se aproximaba con regularidad, tan fijo y cierto como el calendario...; el primero de noviembre siguiente a su decimoctavo cumpleaños.

Después de aquel día surgían otros temas de conversación. Se podía comentar con los demás los detalles de la profesión, o las virtudes de la esposa y los hijos, o la suerte del propio equipo de polo espacial, o los triunfos que uno había conseguido en los Juegos Olímpicos. Antes del Día de la Educación, sin embargo, el único tema que acaparaba la atención general era precisamente el de esta importantísima fecha.

—¿A qué piensas dedicarte? ¿Crees que lo conseguirás? Bah, eso no es bueno. Mira los registros; han reducido el cupo. Logística, en cambio...

O Hipermecánica... O Comunicaciones... O Gravítica...

Especialmente Gravítica, en aquel momento. Todo el mundo hablaba de Gravítica en los años que antecedieron

al Día de la Educación de George, a causa del desarrollo alcanzado por el motor gravítico.

Cualquier mundo situado en un radio inferior a los diez años luz de una estrella enana, según todos decían, hubiera dado cualquier cosa por un Ingeniero Gravítico Diplomado.

Esta idea jamás preocupó a George. Sabía lo que había pasado anteriormente con otra técnica recién creada. Inmediatamente se abrieron las compuertas de la racionalización y la simplificación. Todos los años surgirían nuevos modelos; nuevos tipos de motores gravíticos; nuevos principios. Entonces, todos aquellos caballeros tan solicitados quedarían anticuados, y serían superados por los últimos modelos provistos de la última educación. El primer grupo tendría que dedicarse entonces a trabajos no especializados o embarcarse para algún mundo atrasado, que aún no estuviese al día.

En la actualidad los Programadores de Computadoras seguían en demanda creciente, a pesar de los años y los siglos transcurridos. Si bien no alcanzaba nunca proporciones monstruosas, pues el mercado de los Programadores aún no se hallaba dominado por el frenesí, la demanda aumentaba regularmente, a medida que se abrían nuevos mundos al comercio y los antiguos se hacían más complicados.

Él había discutido constantemente con Stubby Trevelyan sobre este punto. Como suele suceder entre amigos íntimos, sus discusiones eran constantes y enconadas y, por supuesto, ninguno convencía al otro ni se dejaba convencer.

Pero Trevelyan tenía un padre que era Metalúrgico Diplomado y había trabajado en uno de los Mundos Exteriores, y un abuelo que también había sido Metalúrgico Diplomado. Él también se proponía serlo, para continuar la tradición de la familia, y estaba firmemente convencido que cualquier otra profesión no sería tan respetable.

—Siempre habrá metales —solía decir—, y no hay nada como modelar las aleaciones de acuerdo con las normas y ver cómo crecen las estructuras. En cambio, ¿qué hace el